

**Lecturas comentadas de Enrique  
González Martínez y Enrique González  
Rojo por Enrique González Rojo Arthur  
con motivo de la exposición de *Los  
Contemporáneos***

**2016**

A principios del siglo XX, por primera vez en la historia, la literatura hispano-americana en general, y la mexicana en particular, dejó de recibir la influencia de la literatura española y, trastocando las cosas, hizo que las letras latinoamericanas se convirtieran en el elemento fuerte y repercutieran en la literatura ibérica.

La corriente latinoamericana que encarnó este movimiento fue el *modernismo* y tuvo como sus más preclaros representantes, además del nicaragüense Rubén Darío, su jefe de escuela, al argentino Leopoldo Lugones, al uruguayo Julio Herrera y Reissig y al boliviano Ricardo Jaimes Freire, entre otros.

En México, para no hablar de Gutiérrez Nájera, que suele ser considerado un precursor del modernismo -como lo son también Julián del Casal en Cuba y José Asunción Silva en Colombia- tenemos a Díaz Mirón, Nervo, Urbina, José Juan Tablada, Efrén Rebolledo, Rafael López y Enrique González Martínez, etc.

El modernismo, que era una reacción contra el romanticismo (y el neoclasicismo), tenía muchos méritos: había roto con las formas ortodoxas de la versificación y la sensiblería ingenua y manida de los románticos españoles. Había introducido una nueva manera de ver las cosas y echaba mano de metáforas e imágenes originales para lograr una nueva expresividad.

Pero, no tanto en Darío, como en muchos seguidores, se fue cayendo en lo que podemos llamar un *decorativismo superfluo*.

Se hablaba de “cisnes vagos”, de “claros clarines”, de “la marquesa Eulalia”, del “abate joven de los madrigales” y de la princesa o las princesitas.

Enrique González Martínez reacciona contra esto y opone al cisne de lo puramente decorativo y superficial, el búho, el ave de Minerva, diosa de la Sabiduría.

“Tuércele el cuello al cisne”, publicado en el libro *Los senderos ocultos*, es un manifiesto sintético con un profundo contenido y que marca, en cierto sentido, una franca ruptura con el modernismo habitual.

Se puede decir que Enrique González Martínez, a partir de su libro *Silenter*, es un modernista que lleva a esta corriente a hacerse una autocrítica y, con esto, que abre las puertas a lo que se ha dado en llamar *Post-modernismo*.

Sin esta apertura probablemente no serían posibles ni López Velarde, ni los mismos estridentistas, ni los contemporáneos. Empiezo mi lectura por el famoso soneto:

### **Tuércelo el cuello al cisne...**

Tuércelo el cuello al cisne de engañoso plumaje  
que da su nota blanca al azul de la fuente;  
él pasea su gracia no más, pero no siente  
el alma de las cosas ni la voz del paisaje.

Huye de toda forma y de todo lenguaje  
que no vayan acordes con el ritmo latente  
de la vida profunda...y adora intensamente  
la vida, y que la vida comprenda tu homenaje.

Mira al sapiente búho cómo tiende las alas  
desde el Olimpo, deja el regazo de Palas  
y posa en aquel árbol el vuelo taciturno...

Él no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta  
pupila, que se clava en la sombra, interpreta  
el misterioso libro del silencio nocturno.

“Tuércelo el cuello al cisne” es un bello soneto en alejandrinos. Pero también es, como dije, un programa, una guía para la acción creativa del propio González Martínez. La mayor parte de los poemas escritos por éste lleva el sello del ideal encarnado en el poema leído.

El resultado de torcerle el cuello a un ave tan emblemática y elevar a primer plano el búho de Palas Atenea, símbolo del conocimiento y del rechazo a la frivolidad, son los siguientes poemas “Irás sobre la vida de las cosas”, “A veces una hoja desprendida” y “Psalle et sille”:

## **Irás sobre la vida de las cosas...**

Irás sobre la vida de las cosas  
con noble lentitud; que todo lleve  
a tu sensorio luz: blancor de nieve,  
azul de linfas o rubor de rosas.

Que todo deje en ti como una huella  
misteriosa grabada intensamente:  
lo mismo el soliloquio de la fuente  
que el flébil parpadeo de la estrella.

Que asciendas a las cumbres solitarias,  
y allí, como arpa eólica, te azoten  
los borrascosos vientos, y que broten  
de tus cuerdas rugidos y plegarias.

Que esquives lo que ofusca y lo que asombra  
al humano redil que abajo queda,  
y que afines tu alma hasta que pueda  
escuchar el silencio y ver la sombra.

Que te ames en ti mismo, de tal modo  
compendiando tu ser, cielo y abismo,  
que sin desviar los ojos de ti mismo  
puedan tus ojos contemplarlo todo.

Y que llegues, por fin, a la escondida  
playa con tu minúsculo universo,  
y que logres oír tu propio verso  
en que palpita el alma de la vida.

## **A veces una hoja desprendida...**

A veces una hoja desprendida  
de lo alto de los árboles, un lloro  
de las linfas que pasan un sonoro  
trino de ruiseñor, turban mi vida.

Vuelven a mí medrosos y lejanos  
suaves deliquios, éxtasis supremos;  
aquella estrella y yo nos conocemos,  
ese árbol, esa flor son mis hermanos.

En el abismo del dolor penetra  
mi espíritu, bucea, va hasta el fondo,  
y es como un libro misterioso y hondo  
en que puedo leer letra por letra.

Un ambiente sutil, un aura triste  
hacen correr mi silencioso llanto,  
y soy como una nota de ese canto  
doloroso de todo lo que existe.

Me cercan en bandada los delirios...  
¿Es alucinación..., locura acaso?  
Me saludan las nubes a su paso  
y me besan las almas de los lirios.

¡Divina comunión!... Por un instante  
son mis sentidos de agudeza rara...  
Ya sé lo que murmuras, fuente clara;  
ya sé lo que me dices, brisa errante.

De todo me liberto y me desligo  
a vivir nueva vida, de tal modo,  
que yo no sé si me difundo en todo  
o todo me penetra y va conmigo.

Mas todo huye de mí y el alma vuela  
con torpes alas por un aura fría,  
en una inconsolable lejanía,  
por una soledad que espanta y hiela.

Por eso en mis ahogos de tristeza,  
mientras duermen en calma mis sentidos,  
tendiendo a tus palabras mis oídos  
tiemblo a cada rumor, naturaleza;

y a veces una hoja desprendida  
de lo alto de los árboles, un lloro  
de las linfas que pasan, un sonoro  
trino de ruiseñor, turban mi vida.

### **Psalle et sille**

Quema a solas -¡a solas!- el incienso  
de tu santa inquietud, y sueña, y sube  
por la escala del sueño...Cada nube  
fue desde el mar hasta el azul inmenso.

Y guarda la mirada  
que divisaste en tu sendero -una  
a manera de ráfaga de luna  
que filtraba el tamiz de la enramada-;  
el perfume sutil de un misterioso  
atardecer; la voz cuyo sonido  
te murmuró mil cosas al oído;  
el rojo luminoso  
de una cumbre lejana;  
la campana  
que daba al viento su gemido vago...

La vida debe ser como un gran lago  
cuajado al soplo de invernales brisas,  
que lleva en su blancura sin rumores  
las estelas de todas las sonrisas  
y los surcos de todos los dolores.

Toda emoción sentida,  
en lo más hondo de tu ser impresa  
debe quedar, porque la ley es esa:  
no turbar el silencio de la vida,

y sosegadamente  
llorar, si hay que llorar, como la fuente  
escondida.

La culminación de estos poemas, hechos bajo el signo del búho y en que se muestra una intensa vinculación del poeta con la naturaleza, lo encontramos en el célebre poema “Cuando sepas hallar una sonrisa”. Este texto, que tiene la forma muy clásica de un silogismo emotivo (cuando/entonces) ha llevado a algunos críticos a calificar a Enrique González Martínez de panteísta.

## Cuando sepas hallar una sonrisa...

Cuando sepas hallar una sonrisa  
en la gota sutil que se rezuma  
de las porosas piedras, en la bruma,  
en el sol, en el ave y en la brisa;

cuando nada a tus ojos quede inerte,  
ni informe, ni incoloro, ni lejano,  
y penetres la vida y el arcano  
del silencio, las sombras y la muerte;

cuando tiendas la vista a los diversos  
rumbos del cosmos, y tu esfuerzo propio  
sea como potente microscopio  
que va hallando invisibles universos,

entonces en las flamas de la hoguera  
de un amor infinito y sobrehumano,  
como el santo de Asís, dirás hermano  
al árbol, al celaje y a la fiera.

Sentirás en la inmensa muchedumbre  
de seres y de cosas tu ser mismo;  
serás todo pavor con el abismo  
y serás todo orgullo con la cumbre.

Sacudirá tu amor el polvo infecto  
que macula el blancor de la azucena,  
bendecirás las márgenes de arena  
y adorarás el vuelo del insecto;

y besarás el garfio del espino  
y el sedeño ropaje de las dalias...  
y quitarás piadoso tus sandalias  
por no herir a las piedras del camino.

Soy de la opinión de que el soneto “Mañana los poetas”, que aparece en el libro *La muerte del cisne*, tiene también el

carácter de un programa como el de *Tuércete el cuello al cisne*. Ambos poemas no sólo son sonetos forjados en la estructura gala de los alejandrinos, sino presentan o manifiestan un ideal a seguir. El autor dice en estos versos que, en el futuro, los poetas hallarán nuevas y originales formas de expresión y tal vez desdeñarán lo escrito por los poetas del pasado, pero el tema de la verdadera poesía, la profunda y no la superficial, será la misma siempre. Parecería que González Martínez está diciendo: después de mí vendrán los Postmodernistas, los Contemporáneos, los poetas de Taller y Taller poético, la generación de Tierra nueva, los vates de la Espiga amotinada, etc., sus voces serán originales y atractivas y tal vez se olvidarán de los altos poetas del pasado, pero la poesía honda y señera no podrá ser sino la que encarne los problemas fundamentales del hombre. El programa de *Tuércete el cuello al cisne* vuelve aparecer, metamorfoseado, en el programa de *Mañana los poetas*. Se torna a hacer un llamado a abandonar lo superfluo, insignificante, decorativo a favor de lo esencial e imperecedero.

### **Mañana los poetas...**

Mañana los poetas cantarán en divino  
verso que no logramos entonar los de hoy;  
nuevas constelaciones darán otro destino  
a sus almas inquietas con un nuevo temblor.

Mañana los poetas seguirán su camino  
absortos en ignota y extraña floración,  
y al oír nuestro canto, con desdén repentino  
echarán a los vientos nuestra vieja ilusión.

Y todo será inútil, y todo será en vano;  
será el afán de siempre y el idéntico arcano  
y la misma tiniebla dentro del corazón.

Y ante la eterna sombra que surge y se retira,  
recogerán del polvo la abandonada lira  
y cantarán con ella nuestra misma canción.

Sobre mi padre Enrique González Rojo, miembro fundador de la revista *Contemporáneos* (1928-1931), escribe Salvador Elizondo, que era su sobrino: “La admonición paterna que clamaba por una mayor profundidad de la poesía fue pospuesta en los primeros libros de Enrique González Rojo en favor de las virtudes más inmediatas de la técnica poética: la agudeza verbal o la nitidez de la imagen. Es el único poeta culto que ha conseguido hacer algo digno con la poesía popular de la forma “corrido” en su *Romance de José Conde*, el poema más bello -tal vez por eso el único verdadero- que se ha escrito acerca de la revolución de 1910. Rescató también para nosotros en poemas de exquisita tersura un género en cuyos repulidos mármoles rayó sus iniciales Goethe, las “Elegías romanas” y fue, en la pléyade de los “Contemporáneos” el único en tratar el tema que, según Valéry, es el más difícil de toda la poesía: el de la luz”.

Así como Enrique González Martínez consideraba a sus dos primeros libros como “la hora inútil”, pienso que el primer libro de mi padre (*El puerto*) representa su prehistoria poética. En el segundo (*Espacio*) empieza a oírse su voz propia y hay un cierto parentesco con los primeros libros de sus compañeros de generación: *Canciones para cantar en las barcas* de Gorostiza, *Reflejos* de Villaurrutia y *Fervor* de Torres Bodet.

Voy a leer cinco pequeños poemas de este libro en los que se nota la gallardía de la expresión, la sensibilidad de un verdadero poeta y un cierto tono irónico que no era habitual por entonces.

### **Fiesta de toros**

*a Bernardo Ortiz de Montellano*

En esta sortija,  
 en lugar de la Plaza de Toros,  
 contemplaremos la mejor corrida.  
 La colocamos en la mesa  
 para mirar su maravilla,  
 y la rodeamos con las verdes hojas  
 de los árboles de la campiña.

De alguna pálida faceta  
haremos salir la cuadrilla:  
caballitos del diablo picadores  
con las agujas más finas,  
y envueltos en capas de rosados pétalos,  
minúsculos toreros artistas.

Se van a lidiar esta tarde  
seis bravas hormigas.

Les pondremos sobre los hombros  
musgo, en lugar de banderillas,  
y en el último tercio perecerán clavadas  
en el agudo garfio de una espina.

Tu y yo silbaremos algún pasodoble  
para animar la corrida;  
tu y yo aplaudiremos los lances más bellos,  
y en nuestra alegría,  
yo cantaré la canción más hermosa  
y tú alumbrarás con tus ojos mi vida...

\*\*\*

¿Qué ocultas en el seno,  
muchacha?  
El Sol, con indiscreta  
mirada,  
rasgó la tela fina  
y blanca.  
¡Tendrás que esperar la noche  
para salir tapada!

## Silencio del lago

Lago quisiera ser  
como este lago:  
espejo de las nubes,  
asombro de los prados.

Transparencia y quietud,  
en lo más alto  
del monte que se yergue  
sobre la arruga del barranco.

Y silencio también, silencio y frío.  
De vez en vez, el canto  
del pastor, el sonido monótono  
del báculo,  
el desfile paciente  
del rebaño.

¡Por qué llegas, viajero,  
sonando  
la estruendosa bocina  
del auto!

## Civilización

Me acerqué a la orilla  
del lago:  
líquida flor de invernadero  
mínimo receptáculo  
de las aguas sonoras y libres  
para la danza y para el canto.

Convertido por las multitudes  
en una estación de verano,  
su agua burguesa se recrea  
con los gritos y los agasajos  
de las cincuenta personas  
que toman en ella su baño.

Con una sonrisa me llegué a su playa  
de veinte metros de largo;  
con una sonrisa contemplé en la arena  
olas humildes en su halago;  
y todo con una sonrisa,  
¡pequeño mar civilizado!

Chapala, 1924

La frescura, la gracia, la profundidad del texto y la riqueza de la expresión hacen del poema “Guijarros” uno de los poemas más importantes del libro *Espacio*:

### Guijarros

*A Bernardo J. Gastélum*

¿Qué haré yo con tantos guijarros?  
Son duros y lisos, redondos y claros.  
¿Qué haré yo con tantos guijarros?

Con ellos podría construir un palacio  
o tender un puente sobre el lago.  
Con ellos podría -hondero fantástico-  
derribar uno a uno los astros.  
Contando el tesoro; pasara mil años.  
¿Valdría la pena contarlo?  
Y luego, ¿qué haría con tantos guijarros?

Las ondas transcurren con un solo cántico  
las hojas se caen del árbol,  
los vientos murmuran de paso.  
Y mientras, ¿qué hago con estos guijarros?

Sentado a la orilla del lago,  
pasaré mi vida lanzando a las ondas guijarros,  
guijarros...

Miraré los círculos que se van formando,  
 creciendo primero y después borrando.  
 Oiré cómo se hunden cantando.

Y todo será tan limpio, tan claro:  
 las aguas profundas, los días de mayo,  
 la luz en los ojos, la fuerza en el brazo,  
 y siempre cayendo guijarros, guijarros...

La obra póstuma de Enrique González Rojo -el cual falleció en el año de 1939- presenta dos características relevantes: una manera culta y una manera popular, como ocurre con Góngora y otros poetas del clasicismo español. Por falta de tiempo, no leeré más que un ejemplo de cada una de estas facetas. En primer lugar presentaré a ustedes el *Estudio en cristal*, probablemente el poema más acabado de mi padre, que lo entronca con el artempurismo francés de Valéry y Mallarmé y en alguna medida con los poemas *Muerte sin fin* de Gorostiza y *Canto de un dios mineral* de Jorge Cuesta.

### **Estudio en cristal\***

Agua profunda ya, sola y dormida,  
 en un estanque de silencio muda.  
 Más allá de tu sueño, la memoria  
 en una tersa aparición de lago,  
 en una clara desnudez de cielo,  
 en reposo y sin mácula de nube.  
 Sobre tu lecho, diálogo de frondas  
 con sílabas maduras en la tarde;

---

\* *Estudio en cristal*, el texto que figura corresponde a la versión definitiva. Varias versiones previas publicadas antes, la primera corresponde a *Las cien mejores poesías mexicanas modernas* (selección y estudio de Antonio Castro Leal), México, Porrúa Hnos., 1939.

Versión Intermedia

V. 7: Grave, suspenso, diálogo de fronda.

11: y la visión de círculos fugaces

14: y roza con sus alas este olvido,

20: y quietas las gacelas de las horas

la joven rama verde que se enjuga  
 los dedos de esmeralda entre tus linfas,  
 traza arrugas de círculos fugaces  
 que liman la quietud de la ribera.  
 A la frase del viento que se moja  
 y roza con sus alas este olvido,  
 el sueño, el despertar, el sueño solo,  
 y la imagen del sueño que resbala  
 por tu impoluta claridad de espejo.□

Nace un tiempo sin alas, tiempo inútil,  
 encadenado a la falaz orilla  
 y quietas las gacelas de las horas.  
 La par presencia de los ojos hunde  
 en los vivos cristales la saeta,  
 que hiere reflexiva a quien la manda;  
 el lumínico vaso se desborda  
 y hay una blanca y segadora Luna  
 que nada entre las ondas de improviso.  
 Surge la línea de horizontes nuevos,  
 yace el rojo crepúsculo de antaño  
 entre las fauces del dragón marino;  
 y el verde mar de la leyenda copia,  
 en su azogada plenitud nocturna,  
 la lividez del astro como perla.

No más color. Lo negro está en la noche,  
 y apacienta sus tímidos rebaños  
 de sombras, por las sombras de la ruta,  
 y hacia los prados límites del miedo.  
 Bajo dosel de mármoles felices,  
 en la hora precisa de los mármoles,  
 la segura mañana se despierta,  
 los cabellos desata, y ¡oh prodigio!,  
 va floreciendo en el palor del nardo  
 la bella y sola y plácida blancura.

En el cristal, la frente que se inclina,

---

□ 31: en su azogada plenitud nocturna,  
 33: No es más color. Lo negro está en la noche  
 38: en la hora precisa de los mármoles,  
 45: rauda bajel por las eternas aguas.

purificada en su amplitud serena,  
 raudo bajel por las eternas aguas.  
 Ayer no más, flotaba entre las olas  
 víctima de los vientos implacables  
 y presa de los ciegos torbellinos.  
 ¡Hasta cuándo, Señor, la misma lucha!  
 ¡Hasta cuándo este vértigo!, las rotas  
 jarcias sin vida, las informes velas,  
 el mástil loco y el timón sin rumbo.\*

¡Sólo Un milagro!... Y el milagro vino  
 exhalando los ángeles su aliento  
 más que el viento en la cresta de las ondas,  
 en sosegado aceite la premura.  
 Con la ilusión de la postrera escala,  
 el ancla se hunde en el ansiado puerto;  
 el chirriar de pesados eslabones  
 emprende el viaje hacia el abismo oscuro,  
 bajo la losa de los cielos claros  
 y en apartada soledad de acento.  
 Prisionero en las velas recogidas,  
 un retardado son de las borrascas  
 se escapa de la cárcel de las lonas,  
 y el último gemido de los vientos  
 se estremece en el casco sin sentido.  
 Hoy se refleja en el cristal la pura  
 majestad del olvido; y al amparo  
 de tormentas marinas, se sujeta  
 a la virtud de su silueta inmóvil  
 y a la firme columna del descanso.

Y ¿la voz? ¿la voz que siempre tuvo  
 ancho sendero en la florida boca?  
 Escapada al espejo de otros años,  
 corre tímidamente y se deslumbra

---

\* 54: exhalando los ángeles su aliento  
 56: en sosegado aceite la premura.  
 59: el chirriar de pesados eslabones  
 62: y en apartada soledad de viento.  
 66: y el último gemido de los aires  
 70: de tormentas marinas, se recrea  
 en la virtud de su silueta inmóvil  
 y en la firme columna del descanso.

ante la misma luz que la refleja.  
 Hubo aurora con alas, tiempo niño,  
 puro el ensueño, la mirada loca,  
 irreflexivo el don de la palabra.  
 Torpe vuelo que sube y que culmina  
 en la ignorancia de su propia altura  
 y en la eficacia de su impulso alerta.  
 Miro sus remos amplios en la hora  
 que acaba de nacer, pero me falta  
 el instrumento claro, fiel, preciso,  
 que me convierta en número su canto.  
 ¡Líbreme yo, si en raptó de cordura,  
 ahogo el canto al exprimir la nota  
 y antes que la ascensión miro las alas!  
 Pero la voz de la poesía eleva  
 consigo al ruiseñor que se remonta  
 en apretada pluma de sonidos.  
 Raya el cristal su música de nieve,  
 y en el reflejo de las aguas puras  
 se cristaliza una canción exacta,  
 libre y presa a la vez, cálida y fría.

¡Como el espejo en que me miro el alma!<sup>o</sup>

*Tomado de Obra completa: verso y prosa 1918-1939, siglo XXI, El colegio de Sinaloa, Universidad de Occidente*

El *Romance de José Conde* es un largo poema emparentado por un lado con los corridos de la revolución mexicana y, por otro, con el romancero gitano de García Lorca. Como ya dijimos a Salvador Elizondo le parece el poema más logrado, en la forma octosilábica del corrido de la revolución mexicana. Dado su tamaño no leeré sino algunos fragmentos.

---

<sup>o</sup> 78: Nace aurora sin alas, tiempo niño,

84: Mido sus remos amplios en la hora

86: el instrumento rudo, fiel, preciso

92: consigo la virtud que se remonta

98: ¡Como este espejo en que miro el alma! (G.R.B)

**I**

PUEBLO que distas del mar  
y apartado estás del monte;  
balanza en que se hayan fijos  
los dos platillos de cobre,  
a cinco gramos por cada  
una de las dos regiones.  
Río que lame tus pies,  
río que la arena sorbe;  
nube que cruza tu cielo,  
nube enredada en la torre.  
¡Ay, que el viento se ha llevado  
las campanadas de bronce!  
Viento que vino y se fue  
sin que sepamos adónde.

Hay en tu plaza una escuela,  
-aula, patio, corredores-  
y en los días ya lejanos  
de mil novecientos once,  
mientras que los niños juegan  
en el descanso, se oyen  
tímida voz que pregunta  
y otra grave que responde.  
¡Ay, que el viento se ha llevado  
las inquietudes y voces!  
Viento que vino y se fue  
sin que sepamos adónde...

**II**

EL viento sopló del mar,  
la boca amiga del viento:  
sabor de sales marinas  
en el conturbado cielo,  
frescura en el corazón  
y brasas en el aliento.

Apenas cruzó las dunas  
mareadas de reflejos,

apenas rozó los campos  
doblegados a su vuelo,  
apenas movió los bosques,  
apenas trepó a los cerros;  
cuando su voz que se oía  
como una lluvia de acero,  
llegó barriendo las sombras  
y asesinando el silencio.  
Alguien que captó el mensaje,  
alguien que supo entenderlo:  
rayo de asombro en la nube,  
grito de angustia en el suelo.  
¡Viento que sopló del mar,  
el mar, amigo del viento!

### III

Y saliera José Conde  
en alas de su caballo,  
lago de luz en los ojos,  
negros de pasión los brazos.  
Consigo lleva cien hombres  
y cruza veloz el campo:  
clarines como canciones,  
espadas como relámpagos.

El polvo de mil senderos  
se desparrama a su paso  
y en nubes grises se prende  
a las hojas de los álamos.  
Galope que precipita  
el sonido de los cascos  
sobre las piedras absortas  
y el asombro de los prados.

Ya saliera José Conde,  
fuerza y pasión en el ánimo.  
Al chocar armas y espuelas  
entre sí, forman un canto  
con las voces de los hombres  
y el chillido de los pájaros,

con el rugir de los vientos  
y el estallar de los látigos.

#### IV

DOS centinelas se yerguen  
a la mitad del camino,  
compañeros inmutables  
desde hace siglos y siglos.  
Si de cerca, de esmeralda;  
si de lejos, de zafiro.  
Siempre elevados y mudos  
y solitarios testigos.

Aquel sostiene una antorcha  
humeante, grave signo  
de que aun vigila y espera,  
sus broncos fuegos extintos.  
Ella, a su lado, reposa  
en su albo lecho de lirios,  
la frente como de nardos,  
verde el regazo de pinos.

Ángeles desde la altura  
soplan su aliento divino  
sobre los montes enhiestos  
y los profundos abismos.  
Viento sobre el valle insomne,  
cruzado de campesinos  
esfuerzos, llagado en zurcos,  
siempre explotado y prolífico.

Y a los pies de los volcanes,  
José Conde y sus amigos  
oyen en alas del viento  
el mensaje repetido.  
Pájaros cruzan los aires,  
peñascos saltan los ríos,  
y los jinetes galopan  
hacia el tremendo destino.

## V

SOLDADOS fueron los hombres  
de anchos sombreros de palma,  
de ojos tristes, pies desnudos  
y de calzones de manta.  
Soldados fueron un día,  
soldados por la montaña,  
soldados entre las sombras  
y soldados por el alba.  
Dejaron hijos, mujeres,  
abandonaron sus casas;  
posaron sobre sus hombros  
la carabina pesada,  
y prendieron en su pecho,  
nueva cruz, las dos cananas.

Hombres de moreno rostro  
fueron soldados, en blanca  
procesión por los caminos  
desde la tierra asoleada,  
entre los pinos eternos  
y hacia las cumbres nevadas.  
Silencio humilde en la boca,  
canto de fuego en las armas.  
dejaron atrás jardines,  
jardines de Cuernavaca,  
los barrancos de verdura  
y los arroyos de plata.

Con ellos va José Conde.  
al frente de ellos cabalga,  
y sus pasos van tan lejos  
como alcanza su mirada.  
Adelante van los ojos  
y el temor queda a la espalda  
la frente va al pensamiento,  
el corazón a las ansias,  
los brazos a la fatiga  
y los pechos a las balas.

## VI

MAÑANITA de batalla,  
 ¡quién viera sobre la loma  
 cómo se van las estrellas,  
 cómo se pierden las sombras!  
 La nieve de las montañas  
 de desnuda se sonroja,  
 y airecillos de la sierra  
 vuelan, cantan, hielan, soplan.

Nacen al aire mil ecos  
 en el tambor que redobla;  
 llueve metal de clarines  
 y de acero son las notas;  
 manos crispadas empuñan  
 la bandera que tremolan;  
 y los ángeles guerreros,  
 invisibles a la tropa,  
 pasan moviendo sus alas  
 firmes, de pausas sonoras.

Balas que cruzan el viento,  
 y un viento que las arroja  
 sobre los pechos humanos  
 abiertos en amapolas.  
 Miradas que se eternizan,  
 cuerpos que la tierra ahondan,  
 y cantos que ya no salen  
 de las entreabiertas bocas.

## VII

-Si tú quisieras, morena,  
 ojitos de capulín,  
 toda la noche pasara  
 en tus brazos sin dormir.  
 Cansancio de la victoria  
 ya no existe para mí,

que fatiga de hombre nunca,  
nunca la pude sentir...

Las manos sobre los hombros,  
los cuerpos sobre el tapiz  
de la hierba, las dos bocas  
que ya se quieren unir.

-Suéltame ya, José Conde,  
déjame, que no es aquí  
donde te daré mi cuerpo  
oloroso a ajonjolí.  
Ven a mi casa esta noche,  
que no te sientan venir:  
mi casa es aquella casa  
rodeada de jardín.

Nadie escuchara sus voces  
sino una serpiente vil,  
sino la oreja traidora  
que las fuera a repetir.  
¡José Conde, José Conde,  
tan descuidado y feliz,  
la infamia que te preparan  
quién te pudiera decir!

Aquella noche se acerca  
silencioso hasta el jardín,  
toca la puerta cerrada  
que luego le van a abrir  
manos blancas, negros ojos,  
labios color de rubí,  
cuerpo moreno a sus ansias  
oloroso a ajonjolí.

## VIII

-DATE preso, José Conde,  
que te encuentras bien cercado  
pues somos para ti solo  
más de cincuenta soldados.

Inútil es que te ocultes,  
porque te vende el caballo  
que, con relinchos de miedo,  
hiere el suelo con sus cascos.  
¡Date preso, José Conde,  
y saldrás mejor librado!

Voz que divide la sombra,  
rumor que rompe el abrazo,  
grito que separa cuerpos  
unidos desde los labios.

-¡Dónde mi camisa limpia,  
dónde mí vestido charro,  
dónde mis espuelas de oro,  
dónde mi alazán dorado!

Montura como ranchero,  
es decir, tan bien montado,  
que atravesara las filas  
de enemigos asustados;  
saliera sobre una cerca  
sin temor a los disparos  
y como sombra en la sombra  
se saliera del poblado.

Los caminos nunca vieron  
una fuga de centauro  
más veloz que la de Conde  
con el pecho acribillado.  
Detrás vuela la jauría  
de cincuenta perros bravos,  
lejos las fauces hambrientas  
de la presa que acosaron,  
mientras los ecos repiten  
aullidos de desencanto.

José Conde se detiene.  
El abismo de un barranco  
se abre a sus pies. El destino  
le pone el último obstáculo,  
invencible a sus esfuerzos

de gigante, pero vanos.  
 Los mastines ya se acercan  
 con sus pelos erizados,  
 y ve en sus ojos la burla,  
 la muerte tras el escarnio.  
 -¡Date preso, José Conde,  
 que te encuentras bien cercado!

Las espuelas del jinete  
 trazan zurcos encarnados  
 y arrancan tiras sangrientas  
 de los temblorosos flancos.  
 Al castigo, el noble bruto  
 bate en el aire las manos,  
 sus patas clava en el suelo  
 y se rebela ante el salto.  
 Todo su cuerpo encabrita.  
 los ojos desorbitados,  
 y a sus soplidos de angustia  
 mezcla sudores de espanto.  
 José Conde corta el viento  
 con su voz y con su látigo,  
 y pudo más el dominio  
 del hombre sobre el caballo.

## IX

CAYÓ del monte al barranco  
 ¡Pobrecito José Conde!  
 Su cuerpo herido cien veces  
 tierra maternal acoge  
 y aprieta contra su seno  
 de peñascos y de flores.  
 Le sirve de lecho el musgo  
 y de sábana la noche;  
 un río lame la sangre  
 que se vierte a borbotones,  
 y el aire alisa en las sienas  
 sus cabellos en desorden.

Sólo una estrella lo mira,

con lívidos resplandores  
que se encienden y se apagan  
como faros en las torres.  
Y él, para siempre tranquilo.  
Los brazos en cruz y sobre  
la tierra que le devuelve  
el beso de los adioses.

Alas del viento se llevan  
por el espacio su nombre,  
y los poetas lo cantan  
y lo recuerdan los pobres.  
¡Viento roto de los mares,  
roto viento entre los montes,  
viento que vino y se fue  
sin que sepamos adónde!

Suenan, suenan las campanas  
con campanadas de bronce,  
y los ecos de la sierra  
a las campanas responden.  
Claman, claman los clarines  
con clarinadas de cobre,  
entre el llanto de los vientos  
y el sollozo de los hombres.

Mientras, cual pájaro libre  
que escapa de sus prisiones,  
los eternos campos cruza  
mi maestro José Conde.